

dad, de pueblo en pueblo y de un mundo á otro mundo, el pensamiento y la voluntad; el rail que se enlaza con otro rail salvando fronteras en señal de alianza, y el convoy, que impulsado por el vapor cual si fuese un alma viviente, pasa arrastrando poblaciones enteras, llevan allá lo bueno y lo malo de los pueblos civilizados. La locomotora con su penacho por corona y con su empuje por cetro, parece un rey risible en aquel terreno arenoso, en aquellos barrancos profundos abiertos por torrentes invernales, en medio de aquella naturaleza estéril que parece muerta. El estámpido de la máquina hace más pavoroso el silencio del desierto.

El tren se para en Suez, á orillas del mar Rojo. Aquel cerro señala, según tradición, el sitio que ocupó la antigua Beelsefón, ciudad mencionada en el Pentateuco, y desde su cima descúbrese admirable perspectiva. A los pies del viajero mueren las olas del mar Rojo. El flujo aumentaba en cierta ocasión con más rapidez de lo que se creía; y á pesar de los guías del país que acompañaban á Bonaparte, faltó poco que no se ahogara. La ola que le hubiera arrebatado ahorrara á Europa los torrentes de sangre y de lágrimas que hizo correr. Pero debía cumplir una misión de castigo con respecto á ella, expiando sus inveterados crímenes y orgullo sin venir á su término, como todos los azotes, sino después de quedar cumplida. Dice el Señor: «Lo enviaré contra una nación... contra el pueblo... para que lo despoje y saquee...»

«Mas él no lo pensará así... Antes su corazón mirará á quebrantar y á exterminar naciones no pocas.»

«Porque dirá: ¿Por ventura mis príncipes nó son otros tantos reyes?...»

«Por el esfuerzo de mi mano hice esto, y con mi sabiduría lo alcancé; y quité los términos de los pueblos, y despojé á sus príncipes, y destroné como poderoso á los que estaban en la altura.»

«Y ocupó mi mano, así como á un nido, la fortaleza de los pueblos, y como se recogen los huevos que han sido desamparados, así reuní yo bajo mi poder toda la tierra, y no hubo quien moviese ala, ni abriese boca, ni chistase.»

¡Oh, vanidad del orgullo! ¡Oh, falibilidad de las pretenciones humanas!

«¿Acaso se gloriará la segur contra aquel que corta con ella, ó se volverá la sierra contra aquel que la mueve? Esto es, como si se levantase la vara contra aquel que la alza, ó se alzase el bastón que al cabo es leño.»

«Por esto el dominador Señor de los ejércitos enviará flaqueza sobre

sus robustos; y arderá como quema de fuego encendido bajo de su gloria.» (Isaí. X, 6-16).

Estas palabras de Isaías explican el fin trágico del Conquistador. El flujo del mar Rojo nos ha hecho memoria de que aquel que era gloria un día de la Francia, huérfana de sus reyes legítimos, y terror de todo el mundo, muere desterrado sin dejar más que un ataúd.

El reflujo deja al Mediodía un dilatado banco de arena de unas dos millas. Desde la cima del cerro se extiende, á la vista del espectador, el desierto de Arabia, limitado por una cordillera de altísimas montañas cuyos picos más encumbrados son el Serbal, el Djebel-Musa y el de Santa Catalina.

No se sabe con certeza el punto en que pasaron el mar Rojo los hebreos. Las opiniones varían según se hace partir los israelitas de Memphis, de las cercanías de Heliópolis, de Ramsés ó de Tanis. El milagroso paso fué así. Empero antes es preciso hacer historia.

Testigo Moisés de la aflicción de sus hermanos, vió un día á un egipcio que ultrajaba á un hebreo, y no pudiendo llevar con paciencia semejante espectáculo, mató al egipcio y sepultó su cadáver en la arena y se vió precisado á huir, refugiándose en el país de Madián. A su llegada, se le presentó ocasión de defender de la violencia de unos pastores á las hijas del sacerdote Raquel, el cual acudió á Moisés con el mayor cariño, ofreciéndole hospitalidad, y dándole después por esposa á su hija Séphora, de la cual tuvo dos hijos, Gessan y Eliézer. Los hijos de Israel, que gemían bajo el peso de tantos ultrajes y trabajos, no cesaban de clamar á Dios, y apacentando estaba Moisés los ganados de su suegro al pie del monte Horeb, cuando el Señor se le apareció en medio de una zarza que ardía sin quemarse, y le mandó fuese á Egipto, reuniese los ancianos de la nación y les dijese que, compadecido de su miseria y movido de sus súplicas, había resuelto poner fin á su opresión y sacarlos de Egipto para conducirlos á la tierra de Canaán, en la cual hallarían abundancia, prosperidad y arroyos de leche y miel. Mandó igualmente á Moisés que, acompañado de los ancianos de Israel, se presentase á Faraón y le dijese que el Dios de los hebreos los llamaba, y que, en consecuencia, tenían que ir á ofrecerle un sacrificio en el desierto. Advirtióle que el rey se opondría á su salida; pero que le obligarían á cumplir la orden de Dios los prodigios que á su vista ejecutaría Moisés con intervención de Aarón; y que entonces los hebreos, vestidos ricamente, podrían salir llevando consigo los más preciosos despojos del Egipto. Púsose en camino Moisés con su esposa y sus hijos, y con su hermano Aarón presentaron una súplica al rey, que fué

desechada. Volvieron de nuevo á suplicar al rey, y con el objeto de convencerle de la sinceridad é importancia de su misión, hicieron varios milagros. Queriendo el Señor vencer la terquedad de Faraón, mandó á Moisés y Aarón que afligiesen sucesivamente el Egipto con varios azotes que se llamaron las diez plagas. El primero de estos azotes fué de esta manera: eligió Moisés el instante en que el rey se iba al río, y al llegar á la orilla extendió Aarón la mano, y las aguas se cambiaron en sangre y corrompieron, reproduciéndose el mismo fenómeno en todo el reino; murieron los peces, y en el espacio de siete días no hallaron los egipcios modo de apagar su sed. No causó, sin embargo, este fenómeno impresión alguna al rey, por cuyo motivo Aarón hizo salir del río un sinnúmero de ranas, que se diseminaron por todo el país. Entonces prometió Faraón á Moisés que si se libraba de aquel azote, permitiría que los hebreos fuesen á cumplir su sacrificio; pero cuando las ranas hubieron desaparecido, faltó á la palabra empeñada. Mandó entonces el Señor á Aarón que con su vara hiriese la tierra, y al punto salieron mosquitos que se pegaban á los hombres y á los animales, y unas moscas muy nocivas que llenaban las casas y atacaban á los hombres. A este prodigio siguió una peste que mató la mayor parte de los animales. Al otro día se cubrieron los hombres de tumores y de úlceras; al siguiente un granizo ó piedra espantosa, mezclada con rayos, mató á la gente que estaba en el campo y á los animales que se habían librado de la peste, hizo astillas los árboles y destruyó las yerbas y las mieses. Al tercer día, una nube de langostas devoró lo que la piedra había dejado, y en seguida por espacio de tres días cubrieron el Egipto unas tinieblas horribles. Ninguno de estos azotes había llegado á la tierra de Gessen, ni de consiguiente los hebreos habían tenido nada que sufrir. Por último, ó sea el día nono, el Señor dijo á Moisés que ya no quedaba más que una de las plagas reservadas á los egipcios, y que después de ella Faraón tendría buen cuidado de permitir la salida de los hijos de Israel, porque causaría la muerte de todos los primogénitos de los egipcios, desde el del rey hasta el de la última esclava, y aun extendería su desastrosa influencia hasta á los animales de todas especies. Moisés anunció esta última calamidad á Faraón, mas no pudiendo sacar á este príncipe de su ceguera, hubo de caer sobre el Egipto este nuevo azote. Instituyóse con este motivo la ceremonia del cordero pascual, cuya celebración se ha perpetuado hasta nuestros días, explicándonos la Sagrada Biblia su origen en estos términos: El Señor encargó á Moisés participase á los hebreos, reunidos en una congregación general, que el mes en que iba á librarlos de la servidumbre que los había oprimido por

espacio de cuatrocientos treinta años, sería para ellos el primer mes del año, que en el día diez de este mes tomase cada cabeza de familia un cordero sin mancilla, macho y primal, y lo guardase hasta el día catorce, en cuya tarde los hijos de Israel inmolasen cada uno su cordero; que con la sangre de la víctima rociase los dos postes y el dintel de la puerta de su casa, y que en seguida, reunidos á sus familias, comiesen su carne asada, y con ella pan sin levadura y lechugas silvestres, y que si sobraba alguna cosa la quemasen. Para comerlo les prescribió que llevasen ceñidos los lomos, calzados los pies y un báculo en las manos, comiéndolo aprisa por ser la *Phase*, esto es, paso del Señor; y que esta fiesta, que había de perpetuarse de edad en edad, se renovaríase cada año de la manera más solemne, en el mes en que había sido consagrada la primera vez. En memoria de ella, por espacio de siete días, á contar desde el catorce, habían de comer pan sin levadura y abstenerse de todo trabajo servil, y en el día séptimo celebrar la Pascua, de la cual participarían todos los hebreos, quedando excluidos los que fuesen de otra religión.

En el día señalado los hijos de Israel hicieron lo que se les ordenó, y á media noche el ángel exterminador empezó á recorrer el Egipto, hiriendo sin distinción á todos los primogénitos de los egipcios. Los hebreos, como que permanecieron encerrados en sus casas y habían tenido las puertas con la sangre de los corderos, fueron respetados. Faraón, que acababa de presenciar la muerte de su hijo y que veía por sus propios ojos la desolación de su pueblo, quebrantado su duro corazón por las diez plagas enviadas por Dios, llama á Moisés y Aarón y consintió éste dar libertad al esclavizado pueblo hebreo y permitió que saliese de Egipto. Seiscientos mil hombres en estado de guerrear y gran muchedumbre de ancianos, mujeres y niños, con numerosos ganados, gran cantidad de alhajas de plata y oro y cuanto poseían, y, cumpliendo la promesa que José exigió de los hijos de Israel, llevando los venerados restos de este santo patriarca, emprendieron la marcha acaudillados por Moisés, y acamparon, según el sagrado texto, entre Magdol, Phihahiroth en la orilla del mar, en frente de Beelsefón. Pero la soberbia del rey y de sus cortesanos no pudo avenirse con la humillación sufrida, y volviendo sobre su acuerdo, reunió el Faraón poderoso ejército, y salió atropelladamente al alcance de los fugitivos para reducirlos de nuevo á la esclavitud ó destruirlos. Alcanzóles Faraón al frente de su ejército al pie de Phihahiroth. El guerrero estruendo de la hueste enemiga llenó de pavor á la turba hebrea, al verse entre el mar y sus perseguidores, y tornadiza é ingrata como siempre, prorrumpió en

imprecaciones contra Moisés por haberla sacado de Egipto en cuyo suelo no le hacía falta sepultura. «Del Señor será toda la obra, les dijo el inspirado caudillo, y Él peleará por vosotros.» Y á la verdad, el Señor, que era su guía, poniéndoles delante una columna de nube, durante el día, y por la noche una de fuego, no les abandonó en este lance; y si bien el ejército del rey era casi tan numeroso como el suyo, no corrieron riesgo alguno, porque habiendo Moisés, por mandato de Dios, extendido la mano sobre el mar Rojo, un viento impetuoso y abrasador dividió á derecha é izquierda las aguas que quedaron á ambos lados como dos líquidas montañas, y secó las arenas del abierto ancho sendero, y los hebreos pudieron atravesar á pie enjuto aquel abismo. La columna de nube que los había precedido se colocó entre ellos y el ejército de los egipcios, en términos que les impedía verse; y cuando estos últimos persiguiendo á los hijos de Israel, los cuales habían ganado ya la opuesta orilla, hubieron entrado en el mar, Moisés, por disposición divina, extendió de nuevo su diestra sobre las aguas; volvieron éstas al momento á su posición natural, y ¡horror! ¡espantosa catástrofe! tragóse el abismo infantes, carros, caballos y caballeros; todos los egipcios perecieron ahogados en las olas.

¡Doble espectáculo de la infinita bondad de Dios y de su terrible justicia! La prodigiosa libertad de un pueblo que perseguido, atraviesa el mar de pie enjuto bajo la protección de una mano alta y poderosa; y el espantoso castigo de un pueblo perseguidor endureciéndose cada vez más bajo los golpes de la divina venganza, y abismándose ciegamente en las olas. El rey de éste grita desesperado: «Huyamos de Israel; por que el Señor pelea por ellos contra nosotros.» (Exod. XIV. 25.); el caudillo de aquél canta reconocido: «Cantemos al Señor; porque gloriosamente ha sido engrandecido; al caballo y al cabalgador derribó en el mar.» (Exod. XV.)

¡Oh, cómo se dilata el alma en esta escena de milagros! No ha podido la mala fe de la mayoría de los enemigos de la religión contra la imponente multitud de hechos vinculados á este acontecimiento, y que concluyen con la evidencia de esta verdad. Según esta mala fe, el flujo hubiera salvado á unos, y el reflujo hubiera precipitado á otros. Pero ¿cómo admitir que los egipcios pudiesen ignorar el diario fenómeno del flujo y reflujo en un mar que bañaba sus costas y que estaban viendo de continuo? ¿Faraón, sus generales, oficiales, ministros, sabios, sacerdotes ignoraban lo que saben los hombres más rudos, y aun los niños que habitan las costas marítimas? Y ¿qué calificación merece lo de obedecer el flujo y reflujo á la mano que se extendió sobre las aguas,

como si hiciera suspender las mismas por ambos lados, é impidiese que se precipitaran, y las condensaran, como dice el sagrado texto, en forma de murallas en medio del mar? Estos dos grandes sucesos predicán, por lo tanto, una intervención de la Providencia, ó hay que negar el paso de los hebreos por el mar Rojo, lo cual equivaldría á destruir la historia de un pueblo en lo que tiene más arraigado en sus tradiciones.

Después de haber pasado los israelitas el mar Rojo y seguido sus caminos al través del desierto del Sud, murmuraron repetidas veces con motivo de las privaciones que sufrían. Marchaban por una inmensa llanura de horrible aridez, surcada apenas por suaves ondulaciones del suelo y sembrada de guijarros y peñascos medio enterrados. Los rayos del sol caen allí perpendiculares; ni agua, ni arbustos: allí tan solo la esterilidad. Esto nos hace comprender los trabajos que pasaron y el motivo de su descontento. Mas para su remedio el Señor obró distintos prodigios, algunos de los cuales vamos á referir. En un lugar llamado Sin, extenso desierto, privados de toda suerte de alimentos vieron llegar un inmenso número de codornices, y la tierra se cubrió de una materia blanca y azucarada que les proporcionaba un alimento sabroso y abundante. En el Exodo, hablando Moisés de la aparición de esta substancia que se llama *Maná*, dice lo que sigue: «Por la mañana se halló esparcido un rocío al rededor de los campamentos y cubierto el desierto de una cosa menuda y como machacada en almirez, semejante á la escarcha.» Lo cual visto por los hijos de Israel se preguntaron: ¿Qué es esto? Y Moisés les dijo: «este es el pan que el Señor os ha dado para comer. Recoja cada uno cuanto baste para su sustento.» De esta substancia, que comieron por cuarenta años los hijos de Israel, se guardó una porción dentro de un vaso y después dentro del arca de la alianza en memoria del modo milagroso con que el Señor alimentó á su pueblo. Otro de los portentos que obró Dios por conducto de Moisés fué hacer brotar de la roca de Horeb un manantial de agua con solo herir la peña con su vara.

Entre dos golfos estrechos privados por el mar Rojo, adelántase una península, cuya vase arranca en Suez y el vértice del triángulo que forma muere en Kalaat-el-Akabah. Cuatro mil beduinos de distintas tribus, son los únicos habitantes de aquellas soledades, aparte de culebras, vívoras y escorpiones. Sin embargo, hay que temer más el encuentro de aquella población nómada que vive tan solo del pillaje.

Suez queda detrás del viajero; á la derecha las montañas de Egipto, y á la izquierda la dilatada cordillera que se extiende hasta los montes de Tyh. Después de cinco horas de marchar por camino pedregoso y

desigual se divisa un oasis sembrado de palmeras anunciando que á corta distancia se hallan algunos manantiales. Sobre la ribera oriental del golfo, al frente del valle llamado del *Extravio* á cuatro leguas del Sud de Suez están las *Fuentes de Moisés*. Son en número de ocho y rodeadas de palmeras. Sus aguas son sulfurosas, yesosas y desagradables al paladar, pero buenas y saludables á los animales. Los camellos las beben con afán. Indudablemente tomaron el nombre del legislador de los hebreos, por cuanto es tradición que en aquel lugar fijó Moisés el primer campamento, después del paso del mar Rojo, y que allí el inspirado caudillo y el pueblo israelita entonaron aquel himno de gracias que en otro lugar hemos transcrito del libro del Exodo. Las fuentes manan todavía, y son de una utilidad inexplicable á las caravanas, de suerte que en todos tiempos las han convertido en lugar de parada.

Repuestos los viandantes, se despiden con pena de aquella sombra regalada y placentera frescura, para dirigir de nuevo sus pasos por entre la esterilidad, por entre los arenales del desierto, limitado al Este por áridas montañas y al Oeste por el mar Rojo. Nada puede darse tan triste y monótono como el atravesar aquellas extensas llanuras. Reina en aquellas regiones el más profundo silencio; un silencio universal que ni aun es interrumpido como el de los cementerios por la voz del dolor y cánticos de luto. Siempre la misma soledad, sin encontrar el más mínimo vestigio de haber pasado por allí viviente alguno. La vista de un pequeño volátil en todo otro lugar es cosa insignificante; pero en el desierto, sobre todo en el que está enteramente nudo, seco y estéril en que nada anuncia vida, es menester probarlo para formar la idea del encanto particular que causa semejante encuentro. La marcha monótona del camello es comparable al vaivén de un péndulo. Si alguno, atrevido ó ganoso de romper la monotonía, se apea, en el pecado halla la penitencia, pues allí el calor es sofocante y el sol quema, y encaramado en el dromedario se respira mejor y no se experimenta el contacto inmediato de la arena que arde.

Después de algunas jornadas hácese el viaje entre montes y colinas calcáreas, elevadas con desigualdad formando por los lados y frente un anfiteatro inmenso. Cierra el horizonte otras montañas cuya cima piérdese entre las nubes presentando á veces una figura caprichosa y extraña. Algunas como entreabiertas, otras quebradas, como desconcertadas por un terremoto; un verdadero caos de montañas, colinas, peñas, guijarros rodando unos sobre otros. Tampoco hay que buscar allí ni una hoja de yerba, ni el más insignificante indicio de vegetación.

Recorridos unos sesenta kilómetros encuéntrase unos pequeños

chorros de una agua amarga, salada y á lo más buena para los animales: los camellos se abrevan con ella, pero no es posible al hombre beberla, á pesar del cruel sufrimiento que le ocasiona la prolongada sed. Aquellos chorros son de la fuente llamada Ain-el-Havarah, en la que hicieron alto los israelitas; sus aguas son citadas en el sagrado texto con el nombre de Marah, amargura.

«Los hebreos, dice el texto sagrado, después de andar tres días por el desierto sin hallar agua, llegaron á Marah; mas no pudieron beber aquellas aguas, porque eran amargas... Y murmuró el pueblo contra Moisés, diciendo:—¿Qué beberemos?—Mas él clamó al Señor, el cual le mostró un madero, y habiéndolo echado en las aguas se endulzaron.»

A unos quince kilómetros hacia el Noroeste álzase, á lo alto de la ribera del mar, á la altura de cuatrocientos setenta y ocho metros, peñascoso monte de forma piramidal, llamado Djebel-Hamman-Faraun, montañas de los baños de Faraón, llamados así, sin duda, por una tradición reinante entre los beduinos, según la cual, el alma de Faraón vaga todavía por aquellos parajes, y con ofrendas procuran tenerla propicia cuantos acudan á aquellas aguas salutíferas, pues es fama que son muy eficaces contra las afecciones reumáticas.

En el extremo Norte del Djebel-Hamman-Faraun serpentea hasta el mar el Uadi-Useit; su pequeña corriente es de agua salobre, dándole sombra hermosas palmeras. Allí colocan algunos autores la estación de Elim, mencionada en el Exodo.

«Pasaron los hijos de Israel á Elim, donde había doce manantiales de agua y setenta palmeras, y acamparon allí junto á las aguas.»

No se puede señalar precisamente el lugar donde los israelitas hicieron esta mansión. Strabón, lib. XVI, pág. 511 y 513, hace mención de un sitio junto al mar Rojo, y por la parte que seguían los israelitas en el transecurso de su viaje, poblado de palmeras, y distante cinco jornadas de Jericó. Y éste es el que comunmente se entiende de las palmeras de Elim.

Dirigiéndose al Sudoeste, siguiendo el Uadi-Kharit y el Uadi-Baba, llegase á la llanura de El-Markha, limitada en uno de sus lados por el mar Rojo y en otro por una sierra. Es tenido generalmente por el desierto de Sin, donde los israelitas recogieron por vez primera el maná y comieron carne.

«Partió de Elim toda la multitud de los hijos de Israel, dice el sagrado texto, y vino á parar en el desierto de Sin, que está entre Elim y